





LA COLMENA .

LA ABEJA EN

MARÍA EUGENIA LEEFMANS

La dama de los perros

[Fragmento de novela]

Premio Nacional de Narrativa *Ignacio Manuel Altamirano*, UAEM, 2000.

ESTAS ROCAS que refrescan las olas, son el espejo de años que el tiempo volvió instante y lustros que se convirtieron en momentos. Aquí vengo después de recoger los peces que escaparon de las redes, arrastrando mis pasos, seguidos por la fiel escolta de un Páez, un Santander y un La Mar. Ellos son mi compañía y escuchan entre el oleaje una vida que se derrama.

El sol calienta mis huesos, los recuerdos nutren el día y cuando llega la noche el cansancio hace el resto. Mi memoria atraviesa el ayer y va antes y después de los momentos en que amé y los instantes en que fui amada.

La arena es mi herencia, la inmortalidad; lo que me dejaron años al lado de un hombre pequeño de gloria grande, con ella puedo hacer lo que quiera, la piso, resguardo, esculpo, construyo, la observo; pueden herirla y sana sola, tomar parte de ella y no se nota; allí está, no se acaba, es toda mía y sin embargo, no me da abrigo, ni sustento, ni razón al sufrimiento de la mujer que encarno.

A Páez le gusta dormir a mi lado, no le importa, que a medianoche, yo me siente en la mecedora y a la luz de la luna fume un cigarro, de los

enviados para mi ventorrillo desde la ciudad. Los compran en el vecindario. Me creen bruja y con mucho respeto piden que les lea la ceniza, desean averiguar el futuro; siempre temiendo que también sepa sus pecados.

Aprendí a fumar tabaco para adivinar la suerte y después lo hice con el fin de espantar moscos, mientras mi General dormía la siesta. Fumaba hojas que traían desde Angostura, de las mismas plantas que Walter Raleigh llevó a sembrar a Virginia para disfrute de su reina. Los soldados después de secarlas al sol, elaboraban los puros para el consumo del Ejército Libertador y el gusto se convirtió en necesidad. Con detenimiento, después de aspirar, analizaba las formas caprichosas que aparecen en la ceniza, escuchando atenta lo que las chispas murmuraban en mi oído. Cuando él despertaba me conseguía algo borracha por el humo. El enojo ante el olor desagradable, al sonreírle, se disipaba. Le aseguré triunfos y vaticinaba derrotas, olí traiciones y descubría senderos seguros.

La imaginación fue mi gran compañera, como siempre cautivadora de chicos y adultos, pero al más grande de América lo amarró a mi lado. Aún ahora, que sólo soy una vieja, a la que los niños, burlándose le tiran piedras al pasar, cuando crecen vienen a mí, tocan el portón de madera apolillada que vigila Santander y solicitan que les fume un tabaco para saber el porvenir. La ceniza les habla y mis labios sonrientes muestran las encías, que entonces ellos ya no ven desdentadas. El aroma nos envuelve, las ilusiones se transforman en anhelos y al compartir esos sueños rejuvenezco.

Sueños navegantes que flotan en el tiempo, emergen del pasado, nadan de un lado a otro y despiertan con los ladridos de mis perros enojados con su suerte. Mientras yo, en la ceniza veo esperanzas que regalo a los jóvenes que un día me apedrearón. Un horizonte por alcanzar y una mujer recreando al amante en busca de respuestas... cavilando razones.

[...]

¿QUIÉN MÁS ME VIO?

Renunció a la presidencia de Colombia. Se empeñó en ir a Venezuela; ni la situación política, ni su salud estaban como para hacerlo, aun así nada le hizo cambiar esta decisión.

En mis fumadas el indio me advertía sobre el peligro que corría, las traiciones y los sinsabores del camino; sin embargo el general, terco, estaba acabándose y no le importaban esos consejos. Más delgado cada día y con problemas digestivos que no le permitían alimentarse bien.

Fernanda Barriga, la cocinera se incorporó al acompañamiento oficial. Se lo encargué mucho, como a un hijo enfermo.

—Cúidalo mucho. Yo no lo puedo seguir, va a su tierra y allí yo no tengo cabida entre sus familiares.

Nuestro adiós fue cortante, como el de un general con su teniente. Eso me enardeció.

—Volveré pronto, espérame en Bogotá —me dijo desde el caballo.

Entonces un reclamo salió de lo más profundo de mi corazón y lo hice bajar.

—No, así no te vas ¡dime cuánto me amas!

Resignado bajó y con todas sus fuerzas, en frente de la tropa, me besó y repitió a viva voz ¡Te amo! Siempre te amaré, aun después de muerto.

Tenía razón al decirlo, aquel hombre que se despedía, nuestro Libertador, iba muerto y aún me amaba.

A los pocos días me escribió una carta desde Guadas. La sé de memoria y la guardo en las ranuras del marco del espejo de mi habitación. Me gusta acariciar el papel ya amarillento y con roturas en los dobleces, sentir entre los rasgos de la escritura su presencia y oler los residuos de agua de colonia que hayan podido atrapar sus líneas. Fue la última carta que recibí, su preocupación en ella por mi juicio es visible y la palabra "siempre" adorna su amor.

La casa se convirtió nuevamente en un lleva y trae de noticias, en general nada buenas. La última que yo le comuniqué fue la muerte a traición de un querido amigo. Sucre fue asesinado en la selva de Berruecos.

Desde Barranquilla, la esposa de un pintor conocido me escribió

impresionada. Contaba que habían visto a Bolívar al pasar por las calles, iba rumbo a Santa Marta muy enfermo. Su aviso tardó mucho en llegar, lo recibí después de otras noticias más tristes.

—¡Ah, qué buena vaina fue esa! Lo presentí desde el amanecer. Las aves en la pajarera revoloteaban inquietas. En la jaula de carrizos, donde se encontraba un águila, ésta rompió la tapa del techo, quebró sus alas al salir, las garras se le abrieron, torció los ojos y cayó muerta.

—¡Ave María purísima! —exclamó el mozo al verla y salió corriendo a avisarnos.

Hubo un momento de silencio sepulcral en toda la casa, después los pájaros comenzaron de nuevo a cantar, poco a poco, incorporándose a la vida, hasta lograr un canto de ascensión para iluminar el día que estaba apagado.

Fue terrible cuando me enteré. Las mujeres de la guerra siempre estamos esperando ese día, en el que nos avisan que ya no veremos más a nuestro hombre. Yo creí estar preparada, creí haberme despedido de él, creí ser más fuerte que otras a quienes me tocó ver gemir, gritar desesperadas o reclamarle a Nuestra Señora de la Paz por su tardanza en socorrerlas.

¡Mentiras! También yo estoy hecha de polvo y el fuerte soplido del viento me desmoronaba.

Fernanda me lo contó. El Libertador ya no podía seguir viajando. La fiebre alta lo consumía. Su estómago rechazaba el alimento. En Santa Marta se sintió tan mal que un noble español le permitió pernoctar en su quinta, allí estuvieron unas semanas hasta el día de su muerte.

Ella vio desde la puerta lo que yo viví adormecida por el humo de mis cigarros. El cuerpo del general yacía inmóvil, de repente todos sintieron en la habitación un fuerte olor a tabaco y una sombra se acercó al enfermo, éste levantó un brazo y su mano hizo un leve movimiento.

—Para acariciar mi rostro —le dije a Fernanda, continuando el relato de lo sucedido, que ella creía ser la única en saber.

Sí, continué recordando, acarició estas mejillas, luego la mano resbaló por la hendidura de mi pecho y cayó a un lado de su cuerpo. Los labios se abrieron, sólo yo escuché aquel ¡hasta siempre!... Y lo sigo oyendo de una voz asidua, cada día más audible y cercana. LC